

razón del estado actual del primero de estos pueblos.

Sobre él se ha escrito ya tanto, que la humanidad tiene su juicio hecho. Quiero hablaros únicamente de mi visión personal de Rusia.

Cuando me encontré en Moscú, después de varias horas de vuelo desde Berlín, mi primera impresión fue la de un hombre que llega a un convento.

No sé por qué Moscú me pareció como un monasterio.

La noche de mi llegada vagué en vano buscando un lugar de diversión. Al día siguiente, la señorita que atendía mis llamadas en el hotel, me instruyó de ciertos deberes que tenía como extranjero, porque el estado ruso no fomenta la holgazanería. Debía rendir una jornada, y esta podía ser de observación o de estudio en cualquier cosa.

En vano indagué por saber cosas relativas a León Tolstoy. A las gentes que les pregunté, me respondían con cierto gesto despectivo.

Como a la una de la tarde del siguiente día se me dijo que el señor Stalin estaría visible a las dos de la tarde en la plaza roja, presenciando el desfile de diez mil jóvenes que iban a iniciarse en estudios superiores.

Nunca he visto desfile más bello, ni actitudes más plácidas.

En los ojos de esos niños no se adivinaba una miraba aviesa ni un guiño de malicia. Era una candidez ayuna de disciplina, un fruto sano de la naturaleza, en el cual parecía no haber intervenido la mano de nadie.

De pronto vi que el señor Stalin se acercó al desfile y sacó a un joven de tipo aquilino, que se dejó conducir sin ninguna extrañeza. Le tomó por el cuello con suavidad y le mantuvo a su lado mientras terminó el desfile.

Cuando pasó el último grupo, le dijo algo al oído sonriéndole paternalmente y lo hizo marchar atrás de sus compañeros.

El guía que me informaba me dijo:

—El camarada Stalin le ha dicho que lo ha colocado ahí, porque iba pisando a su compañero y que talvez sea porque tiene las piernas más largas que los otros. Que ahí va bien.

Así se corrige a los niños en Rusia.

Ellos son como la religión de ese pueblo. Y no es que la influencia oficial lo imponga; es la convicción de todos, el anhelo de la mayoría, la única preocupación. Los trenes de instrucción no llevan en sus vagones sino objetos que tienen por fin le recreación del niño.

Pero frente a esta bellísima forma de la nueva humanidad, está otra manifestación que me causó asombro pero que me hizo sentir como humillado.

Es el estado poderoso, el estado que impone las normas, regula todo, y se encarga del individuo como su único amo y señor. La voluntad individual desapareció por completo. El maquinismo, que el conde Keyserling considera como el factor de la ruina de la cultura, invade a Rusia.

Los esqueletos de las grúas pederosas que se alzan en los puertos, nos dan una impresión repulsiva.

El plan quinquenal es a mi modo de ver, un gesto despótico del poderío de los proletarios. Pensaba yo que conspirarían ellos contra la velocidad, y que darían a los pueblos una especie de reposo patriarcal. Todo lo contrario. Jamás he visto monstruos mecánicos más grandes, ni actividad fabril más intensa.

La central hidroeléctrica de Tiflis, la del Dnieper, con sus ochocientos mil caballos de fuerza, las construcciones de Armeniquen, las poderosas locomotoras eléctricas que lo llevan a uno a Bakú, todo da la idea de una concepción ciclopea. Fuerza y voluntad, ánimo en las gentes, obediencia y esperanza por doquiera. Porque todo ruso tiene la idea de que labora por su futuro bienestar, y por eso, cuando en las ciudades populosas tropiezan dos individuos en las calles, lejos de indignarse prorrumpen a la vez en esta excusa:

—Que sea todo por Rusia.

Y por Rusia ve uno a los hombres más eminentes de la ciencia, de las artes y de la literatura, rendir jornadas extraordinarias en sus estudios; por Rusia se internan los marinos en los hielos polares a cubrirse de gloria; por Rusia talan los inmensos bosques del confín de Asia y de Siberia, por sobre los cuales pasó el Graff Zeppelin, volando a razón de cien kilómetros durante cuarenta y dos horas; y por Rusia, en fin, van cantando los muchachos y las muchachas, a segar el trigo maduro, que ha de servirles para inundar los mercados mundiales, para darle muerte al capitalismo.

Y el alma de todo aquel movimiento es un hombre que nunca habla en serio, que pasó diez y seis años de su juventud en un seminario de Tiflis, y que vive con su madre y su familia, como el más humilde de los campesinos rusos, vanagloriándose siempre de no haber conocido ningún país extraño.

La virilidad se ha impuesto; las botas altas predominan. Allí puede uno pensar en que su libertad corre peligro, pero también se da cuenta de que existe una inflexible voluntad que va en marcha hacia la realización de un ideal. En Rusia nadie puede levantarse en pantuflas.

Y sin embargo, a mi no me dio Rusia la impresión de un pueblo que se redime del despotismo. Cuando visité Leningrado, una señorita inglesa inquirió mi parecer acerca de todo lo que veíamos, y yo le respondí:

—Es un gran esfuerzo hecho realidad, pero no me puedo extasiar ante el porvenir, porque pienso que así como Pedro el Grande hizo de una cantinera una emperatriz, y formó un imperio colosal, nada de extraño tendría que mañana el hijo del humilde zapatero de Tiflis se corone Zar del proletariado, y se llame Stalin primero, y que su hija, por razones de estado venga a ser la esposa del príncipe de Gales,

que hasta hoy no ha podido encontrar mujer.

La inglesa hizo un gesto de repulsión, y yo seguí mi camino pensando en si podría resultar profeta.

Y entro ahora a hablaros de Irlanda.

¿Cómo fui yo a dar en mis andanzas inconformes hasta la tumba del alcalde de Cork? Me guió un sano egoísmo.

Cuando llegué a Berlín, un día, al visitar las enormes fábricas de la casa Siemens, vi un centenar de hombres metidos en un dinamo.

—Son, me dijo el jefe, los generadores para la central hidroeléctrica del Shannon. Irlanda va a acometer la obra de mayor aliento que haya en el mundo a base de aguas represadas.

Pensé en el acto en nuestras lagunas de Fúquene, Tota y la Cocha, que guardan en sus aguas todo nuestro porvenir hidráulico, y me dispuse a buscar un argumento que me sirviera para defenderlas de las gentes que han querido siempre que se les deje en seco.

Resuelto mi viaje, invité al doctor Rafael Trujillo Gómez para tener un testigo que pudiera trabajar en Colombia en favor de nuestras lagunas.

Irlanda había sido siempre para mí el país de las leyendas de ferocidad anárquica y de rebeldías.

Sus tribunos me entusiasmaban. Su lucha por la libertad me llenaba de respeto.

Cuando penetramos en el estado libre, después de recorrer los condados ingleses en donde el tradicionalismo conserva hasta los más arcaicos sistemas de construcción, principié a ver algo que me llenó de entusiasmo.

Me sentía en Colombia. Para ir a Dublín tuvimos que hacer dos trasbordos como se hacía antes entre Gualanday y Bogotá. Los conductores de los trenes discuten con los pasajeros sobre asuntos políticos.

Al llegar a Quilaloe, un alto empleado que había notado mi entusiasmo me dijo al ver que en la plaza pública había dos hombres derribando un árbol, mientras más de cincuenta desocupados fumaban comentando el motivo que había tenido la municipalidad para ordenar esa demolición.

—¿Y esto también se acostumbra en su país?

—También, le respondí. Allá trabajan unos pocos y la mayoría critica, como creo que lo hacen aquí. Estamos tarados de las mismas dolencias. Y si vosotros lo queréis comprobar, basta con andar un poco por las calles de los pueblos en donde las comadres rumian sus enredos, y las bestias de trabajo andan ramoneando las yerbas que apuntan en los barrancos.

Pero en medio de estas cosas que así hacen volar nuestra mente hacia la patria lejana, paisajes de verdura inimitable que nos arrancan una exclamación a cada vuelta del camino, suavidad de montañas que no pasan de cien metros de altura, lagos,